



...ese mundo de trabajo, de esfuerzo, de lucha diaria que queda al pie de la ventana del estudio...

LA PINTORA MARTA CARDENAS

Por Luis-Pedro PEÑA SANTIAGO

Es una mañana fría de los últimos días de otoño cuando me encuentro con Marta Cárdenas en Rentería. Hacía frío. La calle Viteri brillaba en grises. Las calzadas estaban llenas de barro, lo mismo que el túnel que pasa bajo las viejas vías del «Topo». A lo lejos, difuminadas entre brumas, empujadas por el húmedo noroeste, se estiraban las colinas que llevan hacia Zamalbide. Comenzó a llover.

Marta Cárdenas nace en San Sebastián en 1944. Va al colegio. Estudia. No tiene una mayor afición por la pintura, y no parecía que iba a seguir la tradición artística de su abuelo, don Manuel Cárdenas. Un buen día, a los catorce años, ve pintar a Menchu Gal. Fue entonces cuando despertó su interés por el dibujo. Ya no lo abandonó.

Seguía en el colegio, pero se levantaba a veces a las seis de la mañana para ir a pintar. Le acompañaba una amiga de doce años, Uxua Gabarain, y marchaban a realizar sus dibujos

por los alrededores de la Tabacalera, Cristina-enea, o el río Urumea. Cuando amanecía más temprano, en primavera, extendían las salidas hasta el Puente de Hierro, la falda de Ulla y el puerto donostiarra. Los domingos, disponiendo de más tiempo, llegaban hasta Astigarraga, Hernani, Rentería y Oyarzun. Eran dibujos de lápiz, y acuarela. Amaneceres. Contraluces. Una búsqueda del paisaje, pero no faltaban los apuntes a las monjas, a sus vecinas de mesa o a sus hermanos pequeños cuando todavía dormían por la mañana.

En la reválida de sexto año le regalan la primera caja de pinturas, y su primer cuadro es un paisaje truculento del Arno desde Deva, población a la que solía acudir su familia. Algún tiempo más tarde marcha a estudiar a Inglaterra, y allí pinta y escribe, haciéndole despertar a una afición especial por la literatura la profesora Elvira Gayurralde.

Cuando regresa ha decidido seguir el camino de la pintura. Con esta determinación, y con el apoyo de su familia, marcha a estudiar a Madrid. Allí, en la capital, se prepara en la Aca-

demia Peña, y tras una temporada de duros estudios ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. En las clases practica el dibujo de estatua, el carboncillo, pinta, trabaja sobre formas, movimiento y composición, procedimientos pictóricos, historia del arte, perspectiva y descriptiva. Son siete años de carrera, de ocho horas de clase. Aún, al terminar a la tarde, iba a dibujar un par de horas al Círculo de Bellas Artes. Era un ambiente de pintar y pintar. Le atrae el paisaje, el contraluz, el claroscuro. Esta pasión por el contraste de luces ha perdurado hasta nuestros días.

A veces viajan hasta Salamanca, Aranjuez, la Sierra y Cuenca, y allí pintan. En otras ocasiones, quedando más cerca, se desplazan a Hortaleza, o buscan los rincones del Retiro. Con frecuencia, se sentaba también en el Café Universal y, con la música de fondo de una orquestina, con el bloc de dibujo sobre la mesa, dibujaba a los clientes, a las gentes que pasaban, a los que se detenían a charlar en las esquinas y en las aceras.

Terminados sus estudios, consigue una beca para hacer grabado en París. Son varios meses de estudio, y también de óleos. Son lienzos pequeños, cerraduras, detalles de habitación, pestillos, lienzos en los que distrae los días fríos y lluviosos del invierno parisino. La llegada del verano le trae a Guipúzcoa y a Madrid. Sólo piensa pasar aquí una temporada, la capital francesa le atrae con fuerza y piensa regresar a ella. A su regreso de Madrid a San Sebastián, en autostop, le recoge don Arturo Martínez, que resulta ser profesor del Instituto de Irún, y quien al conocer la carrera de Marta Cárdenas le ofrece un puesto de profesora en su mismo Instituto. Aceptó y se quedó.

Cuando deja el Instituto inicia una época muy intensa en su pintura. Expone en la Galería Huts, de San Sebastián, presentando cuadros de la época anterior a París, de París, y el resultado de sus últimos trabajos. Es un éxito. Desarrolla, más si cabe, su amistad con Amezttoy, Sanz y Zuriarrain, y exponen los cuadros juntos en el Museo de San Telmo, y más tarde en Durango. Ha pasado también por el Instituto de Zumárraga, y de aquella experiencia nos han quedado sus dibujos oscuros, oscos, duros, tristes. Entramados y puertas cerradas.

Acude de profesora a Rentería, y no tarda en afincarse en esta villa guipuzcoana. Deja las clases, pero ya no abandona la población industrial de la ladera de San Marcos. La pintura absorbe todo su tiempo.

Su casa, su estudio, es chiquito. Es un último piso, con el techo en pendiente. Las paredes empapeladas de tonos ocres. El techo encajado. Todo lo adorna una pequeña arca azul, una lámpara blanca y unas sillas de castaño. Frente a la puerta blanca, la biblioteca. Junto a la ventana verde, chiquita, el caballete. Un calentador de butano termina de ambientar unos muros plagados de cuadros y dibujos. Aquí y allá pinceles y pinturas.

Tras la ventana se alcanza a ver la Peña de Aya, Biandiz, Munanier, Errenga. Más cerca, las colinas que llevan a Lezo por Aguerrezar, Salbatore y Gabiria. Las tierras de Darieta con sus prados verdes y sus viejos caminos transformados en zarzales. Más cerca los espolones de Olalde-Bekoa, y la cuesta de las Agustinas, que marcan el paso hacia Gaztelutxo, Zentolenea y Zamalbide.

Ha quedado lejos el Rentería que se estiraba a la orilla del Oyarzun y del Xamakorreka. El Rentería de la calle Abajo, de la calle Medio y calle Arriba. El Rentería de la ermita de Santa Clara, de Eliz-kale, de la casa Torrea, de Mikela-zulo, y las callejuelas de Santxonea y Kapitanenea. Sí, ese Rentería está allí, abajo, a los pies de la ventana, pero junto a él, humean las fábricas, suenan las sirenas de la madrugada invernal, y los campos de hierba amarillenta, en pendiente, se ven marcados por los desmontes de las excavadoras, por las torres de los tendidos eléctricos, por los nuevos polígonos que trepan hacia Galzaraborda, Gamón y Maleo. Por los nuevos pabellones que se levantan junto a Pekín, cerca de los antiguos caseríos de Errota y Tolare. Y es que las «errekas» ya no sirven para mover las ruedas de los molinos, y Pontika-zar y casa Picabea, ya no están al paso del camino, ni de las vías que llevaban a las minas de Arditurri.

Y ese mundo cambiante, de trabajo, de esfuerzo, de lucha diaria es el que queda al pie de la ventana del estudio de Marta Cárdenas. Es mundo silencioso, de masa, gris de llovizna y viento, con la torre de la iglesia por fondo, y los tejados rojos de humos bajos aplanados por la niebla.

Y esa vida, ese estar callado día a día, es lo que se refleja en la pintura de Marta. Es el paisaje que cambia, que se borra, que desaparece. Es el picaporte. La bombilla. La esquina de una silla. El detalle de una puerta. La persiana cerrada. Es la ventana humilde que refleja una luz tibia, un sol apagado, un trozo de paisaje que se va a escapar pronto de la vista comido por el cemento. Es una pintura de sombras, de una luz que se va, que quiere que el tema tenga un significado, que recuerde, que evoque, que tenga poesía, un poco de poesía de ese mundo humilde y de trabajo que tan calladamente evoca.

